

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE
Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA

LA MARCHA FINAL DEL GENERAL VILLA

Después de iniciada la rebelión de Sonora en 1920, el guerrillero
emprendió penosa caminata a través del Bolsón de Mapimí

CAPÍTULO IV

Como los rumores de que el general Francisco Villa preparaba los planes para invadir, al frente de sus huestes, el territorio americano eran más insistentes entre los revolucionarios, Alfonso Gómez Morentín resolvió dar su opinión sobre esta proyectada aventura, al general Villa.

El campamento de los villistas se encontraba a pocas leguas de la frontera americana y no faltó quien informara a Gómez Morentín que diariamente el guerrillero enviaba espías para conocer los movimientos de las fuerzas americanas que vigilaban la línea.

Una noche, Gómez Morentín se acercó hasta el lugar donde estaba recostado el general.

El convencionismo

—¿Quién es? —preguntó el general, incorporándose.

—Soy yo, mi general: Gómez Morentín.

—¿Quihubo, Gomitos? ¿En qué andas? —preguntó el guerrillero.

Gómez Morentín se acercó al general, quien envuelto en un cobertor se recostó nuevamente.

—¿Qué noticias me traes, Gomitos? —insistió Villa.

—Mi general, no he podido conciliar el sueño, pensando en un asunto muy grave...

—A ver, cuál es ese asuntito.

—Mi general, se rumora que usted pretende atacar una población americana.

—¿Y quién te lo dijo, Gomitos? —preguntó con curiosidad el general.

—Mi general, lo dice la gente.

—Pos Gomitos, parece que te han dicho la verdad.

—Luego, ¿es cierto, mi general?

—¿Por qué no, Gomitos? Sí pienso invadir Estados Unidos. Ya ves todo lo que nos han hecho los americanos; no se han contentado con reconocer a Carranza, sino que le ayudan con su gente para batirnos sin derecho alguno; ya ves cómo cruzaron la frontera; nos están viendo la cara de tontos y la verdad es que tengo ganas de irles a pelear en su propio terreno. Ya ves que con la punitiva no les hice nada para no comprometer la situación, pero lo que es ora sí estoy dispuesto a todo.

—Pero, mi general, ¿no comprende usted que esta determinación nos haría, quizás perder hasta nuestra nacionalidad?... —sostuvo Gómez.

—A ver, Gomitos, a ver; dame tu opinión, porque tú eres el único que te has atrevido a hablarme así...

—Y mi general Ángeles ¿qué dijo?

—No, al general Ángeles ni le pregunto, porque ya conozco su opinión... —contestó sonriendo maliciosamente el general Villa.

—Yo creo, mi general, que usted debería pedir la opinión de mi general Ángeles —insistió Gómez.

—¿Pa' qué, Gomitos? ¿Tú qué opinas?

Por más de una hora Gómez Morentín habló con el general Villa, quien no quitaba el dedo del renglón.

Gómez le hizo ver entonces la responsabilidad que sobre el guerrillero recaería en caso de que estallara una guerra entre México y los Estados Unidos. Le hizo ver las consecuencias de la guerra. Villa pareció comprenderlo todo en un instante, e interrumpiendo a su amigo, y con toda serenidad, le dijo:

—*Gomitos, ni una palabra más; me has convencido...*

El general se puso de pie, dio una palmadita en el hombro de Gómez y agregó:

—*Gomitos, mañana nos vamos pa'l sur.*

UNA NUEVA AVENTURA

Conforme a lo prometido, al día siguiente el guerrillero hizo saber a Gómez Morentín que había enviado un propio al general Felipe Ángeles para que lo esperara en un lugar cerca de los límites de Chihuahua y Durango. Villa, sin duda, acariciaba una nueva y grande aventura.

Unas cuantas horas después, las fuerzas villistas se ponían en marcha hacia el poniente, casi con dirección al estado de Sonora.

Nadie sabía a dónde se marchaba, y las órdenes del general eran de forzar las jornadas. Después de dos largas jornadas hacia el poniente, la columna villista torció al sur, corriendo a lo largo de la Sierra Madre.

El general marchaba a la cabeza de la columna; pero luego, acompañado de varios ayudantes, desapareció por horas enteras, cayendo inesperadamente sobre la retaguardia de sus fuerzas, animando a los rezagados.

En un cerrar y abrir de ojos, los revolucionarios estaban en los límites del estado de Durango, donde se les unió el general Ángeles y continuaron más velozmente hacia el sur. La ciudad de Durango era el objetivo de Villa.

A pesar de los rápidos movimientos que habían llevado a cabo los revolucionarios, los federales descubrieron los planes del guerrillero y por tren enviaron fuertes refuerzos a Durango. Al tener conocimiento de que un tren militar avanzaba de Torreón a Durango, el general Villa resolvió lanzarse primero sobre los refuerzos y luego continuar la marcha sobre la plaza. Ordenó que un tramo de la vía férrea fuera destruido y situó a los soldados cercanos a Durango, en ambos lados de la vía.

La sorpresa de los federales al verse atacados al grito de “¡Viva Villa!” fue enorme y durante unos minutos, atacados por los dos costados del tren, parecieron confundidos.

Pero pasada la primera sorpresa, y al darse cuenta de que los atacantes de uno de los lados del tren no podían avanzar debido a que el terreno, de origen volcánico, impedía el avance de la caballería villista, cargaron toda su gente

El convencionismo

hacia ese lado, y lograron hacer retroceder a los revolucionarios, que dejaron el campo cubierto de cadáveres.

Después de derrotar a los ataques de uno de los costados, los federales cargaron furiosamente sobre el otro lado que estaba seriamente amenazado, al grado que los villistas lograron llagar hasta unos cuantos metros de distancia.

Los federales obtuvieron una segunda victoria y el general Villa, quien en compañía de Ángeles observaba el resultado de la acción desde una loma cercana, ordenó la retirada de sus tropas. En la retirada, la última bala hirió mortalmente al general Martín López.

Los villistas se retiraron en orden. El guerrillero desistió de su intento de atacar la ciudad de Durango y, lentamente, emprendió el regreso al norte.

OTRO PARÉNTESIS EN LA CAMPAÑA

Al entrar nuevamente a territorio chihuahuense, Villa dispuso el fraccionamiento de sus fuerzas, señalando como lugar de reunión para la próxima campaña la región de San José del Sitio. Acompañado del general Ángeles y de un reducido grupo de hombres, el general Villa anduvo vagando por la sierra durante cuatro semanas. Un día, el general Ángeles le dijo:

—*Mi general, hasta ahora no puedo comprender su táctica. ¿Por qué estos constantes fraccionamientos que dejan empezadas las campañas?*

—*Mi general —explicó Villa—, las campañas son muy duras y, como no tenemos muchos elementos, necesitamos dejar descansar a la gente y a la caballada. ¿Pa' qué nos serviría la gente cansada? Y si la caballada se nos cansa, ¿dónde la reponemos? No es lo mismo ahora que hace cinco años, cuando matábamos caballos por cientos y en unas cuantas horas los reponíamos de las haciendas. Pero ahora, mi general, ya ve usted que no hay caballada en todo Chihuahua y que dentro de poco vamos a tener que meternos a Coahuila o a Nuevo León para proveernos, porque lo que es ya Chihuahua no sirve para hacer revoluciones.*

—*Pero mi general —insistió Ángeles—, ¿por qué no seguir una campaña pareja, siquiera por seis meses? En seis meses podríamos avanzar mucho y quitar elementos al enemigo; pero resulta que con estos fraccionamientos, daremos lugar a que los carrancistas se rehagan. Además, mi general, este andar errante por las montañas parece muy meritorio para un jefe de guerrillas, pero no para un general en jefe del Ejército Reconstructor Nacional.*

—*Bueno, mi general ¿pos si ya le he dado a usted facultades pa' que organice el ejército, por qué no lo organiza?* —contestó Villa con cierto disgusto.

—*Mi general, porque esperaba el resultado del asalto a Durango, donde le hubiera propuesto a usted que hubiéramos establecido el cuartel general* —agregó el ex director del Colegio Militar.

—*Bueno, mi general, pos espérese pa' la próxima campaña; la gente está a su disposición y haga planes...*

LA ÚLTIMA DESPEDIDA

Ángeles continuó quejándose de las fatigas de la campaña, a la que calificaba de “sacrificio inútil”, hasta que el general Villa le indicó que estaba en libertad para bajar a los valles al frente de un grupo de hombres que le proporcionaría alimentos.

La idea fue aceptada por Ángeles. Varios días después, el ex director del Colegio Militar, acompañado de una docena de hombres armados, abandonaba el campamento.

Los dos generales se abrazaron cariñosamente.

—*Mi general* —recomendó Villa a Ángeles—, *lo espero aquí mismo dentro de cinco semanas, y solamente le encargo que bajen al valle por el lado sur de la sierra pa' que los changuitos no puedan encontrar las huellas de este campamento.*

—*Pierda cuidado mi general, que me haré de elementos en los pueblos vecinos y que regresaré aquí dentro de cinco semanas.*

El general Villa, tristemente, vio cómo el general Ángeles se alejaba. Parecía que presentía que no lo volvería a ver.

Casi todo un día estuvo como clavado el guerrillero en el punto más alto del campamento, siguiendo con la vista la pequeña polvareda que levantaba en su marcha el grupo a las órdenes del general Ángeles.

Durante el tiempo que duró el fraccionamiento, Villa estuvo pendiente de los informes que de vez en cuando le llevaban los exploradores, sobre los movimientos del general Ángeles.

Llegó el día de la concentración, y el guerrillero recibió un propio del general Ángeles, por conducto del cual le hacía saber que había resuelto seguir al frente del grupo, preparando una campaña formal para el invierno de 1919. La resolución de Ángeles fue recibida por el general Villa fríamente.

Concentradas las fuerzas en el campamento del guerrillero, el general Villa dispuso que la mayor parte de su gente amenazara a varios poblados en el norte de Chihuahua, mientras que él, acompañado de unos cuantos hombres, se dirigió hacia el sur, estableciendo su campamento a unos cuantos kilómetros de Parral, Chihuahua.

UNA PELIGROSA COMISIÓN

Al establecer su nuevo campamento casi a las puertas de Parral, llamó a Gómez Morentín y le dijo:

—Gomitos, alístate porque vas a Parral...

—¿A Parral, mi general? —preguntó, sorprendido, Gómez.

—Sí, Gomitos; necesitas ir a recoger unos cuantos miles de pesos que me han ofrecido mis amigos. Vas a ir disfrazado de quesero; ya te tengo todo listo. Vístete luego luego de ranchero, de esos que venden varilla y quesos, y cuando estés listo me vienes a ver.

Unas cuantas horas después Alfonso Gómez Morentín estaba transformado. Metido en un estrecho pantalón de mezclilla azul, con una camisa de color chillante, con un chaleco bien usado, con una mascada de color verde atada al cuello y un sombrerito morrongo. Gómez se presentó ante el general Villa, anunciándole que estaba dispuesto a partir.

Villa lo miró de pies a cabeza y, sonriendo dijo:

—Gomitos, un buen ranchero descubriría que tú no eres varrillero ni quesero. A ver, mírate bien esos botines.

Gómez se miró los botines color bayo y, como no encontraban nada de particular, contestó:

—Mi general, ¡sí están ya muy usados!

—Pos precisamente porque están muy usados se descubre que desde que los compraste has traído espuelas... A ver a ver, sube el pie...

Y el general Villa, con el índice, señaló en el talón del botín las huellas de las espuelas.

—¿Qué varrillero o quesero me das que use espuelas, Gomitos? —agregó.

—Tiene razón, mi general... —dijo Gómez Morentín.

—Bueno, Gomitos, te consigues otros botines y ahora dime, ¿traes por ahí una carterita?...

El disfrazado enseñó al general una cartera con algunos apuntes.

—*Bueno, Gomititos, arranca las hojitas donde traigas apuntitos que te perjudiquen, y ahora apunta...*

Y el general lo hizo que apuntara: “En el rancho fulano, me deben tantos más cuantos pesos; en el rancho zutano, le fié a x y z; en la hacienda tal, dejé a vistas tantas unas cuantas cosas, etc.”

—*Ora, Gomititos, si te llegaran a agarrar, ya tienes esta carterita para comprobar que eres varrillero.*

Enseguida, el general llamó a uno de sus soldados de confianza, comisionándolo para que sirviera de guía a Gómez Morentín, quien salió momentos después con rumbo a Parral, advertido por el guerrillero de que a una legua encontraría a unos arrieros que le entregarían trescientos quesos.

Conforme a lo indicado por Villa, después de caminar una legua, Gómez Morentín se encontró con los arrieros, quienes le entregaron un burro cargado de quesos.

EN PARRAL

Mientras que el guía arreaba los burros, Gómez, a caballo, continuó hasta Parral, dirigiéndose a la plaza del mercado, donde entregó la mercancía que llevaba a una persona determinada.

Luego se alojó en un mesón y enseguida pasó a cumplir la comisión que el general Villa le había confiado. Reunió hasta diez mil pesos en monedas de oro, y mientras llegaba el momento del regreso al campamento de Villa, ayudado por el guía, enterró el dinero en un hueco de la pared del cuarto que ocupaba, en el mesón.

Cuando terminó de esconder el dinero, tanto él como el guía salieron del mesón: Gómez Morentín para cumplir el último encargo del general y el guía para comprar un cuchillo que dijo necesitar para picar la paja de las bestias.

Gómez regresó al mesón al cabo de una hora y el entrar al cuarto, se sorprendió al ver sobre la mesa un montoncito de monedas de oro. Contó las monedas: eran quinientos pesos exactamente.

Sospechó que algo grave había pasado y rápidamente se dirigió al escondite del dinero; no había una sola moneda. A un lado del escondite encontró un cuchillo nuevo.

El convencionismo

Considerándose descubierto por las autoridades, salió inmediatamente del mesón y se dirigió a los amigos que le habían entregado el dinero, dándoles cuenta del suceso y pidiéndoles que practicaran las primeras averiguaciones.

Desde luego, Gómez Morentín sospechó que el ladrón había sido el guía; fundaba la sospecha en el hecho de que el soldado había desaparecido y en haber encontrado al lado del escondite un cuchillo nuevo.

Los amigos de Gómez Morentín llevaron a cabo investigaciones privadas, comprobando que el ladrón había sido el guía, quien esa misma noche había comprado un pequeño guayín, saliendo precipitadamente de la población.

Comprobado que el guía había sido el autor del robo, Gómez Morentín resolvió regresar al campamento del general, para darle cuenta del resultado de la comisión. Aunque sabiendo que el general Villa le haría justicia, Gómez tuvo momentos de duda y estuvo a punto de marchar hacia el extranjero para evitarse la pena de rendir malas cuentas.

Gómez Morentín llegó, por fin al campamento villista, e inmediatamente se hizo presente al general.

—*Quíhubo, Gomitos, ¿cómo te fue?* —le preguntó el guerrillero con tono paternal.

—*Mal, mi general, muy mal...*

—*Hombre ¿por qué? No te dieron dinero?*

—*Sí, mi general, me lo dieron, ¡pero me lo robaron!...*

“¡MENOS MAL QUE NO TE MATARON!”

El guerrillero no hizo ningún gesto de sorpresa, diciendo entre dientes:

—*¿Así que el bandido se llevó las alazanas!*

—*No me dejó más que veinticinco alazanas de a veinte pesos cada una, mi general...* —agregó tristemente Gómez Morentín.

—*A ver, Gomitos, a ver, cuéntame todo lo que hiciste desde que llegaste a Parral hasta que te viniste* —pidió el general.

Gómez Morentín refirió todos los detalles del viaje, y al terminar, el general exclamó:

—*Gomitos, ¡vale más que te hayan robado las alazanas y no que te hayan matado!*

—*¿Matado, mi general?* —interrogó Gómez.

—Mira, Gomitos, el muchacho que se robó el dinero compró el cuchillo, no para cortar la paja de las bestias, sino para matarte. Si tú fueras ranchero, hubieras sabido que no se necesitaba el cuchillo. El muchacho tenía el arma a la mano en los momentos que se estaba embolsando el dinero. Si tú llegas en ese momento, te mata; pero no llegaste, dejé abandonado el cuchillo.

Como Gómez Morentín pretendiera excusarse por no haber regresado con el dinero, el general interrumpió, y le dijo:

—Gomitos, no te ocupes más de ese asunto; lo que estaba por suceder, tenía que suceder..

DIÉGUEZ AL FRENTE DE LA CAMPAÑA

Pocas horas permaneció el general Villa en las cercanías de Parral. Los exploradores que había destacado en diferentes direcciones regresaron al campamento, informando al jefe que el general Manuel M. Diéguez, que se había hecho cargo de la campaña contra los revolucionarios, había destacado varias guerrillas que buscaban por toda la región, desesperadamente, al guerrillero.

Además, Villa tuvo conocimiento de que en el norte de Chihuahua sus fuerzas habían tenido varios encuentros con los federales.

—Los carrancistas quieren que les dé una sorpresa, ¡y se las voy a dar! —dijo el guerrillero a Trillo y a Gómez Morentín, después de conocer los informes de sus exploradores.

Horas después, los revolucionarios se pusieron en marcha, y durante la primera jornada pasaron a unos cuantos metros de distancia de las avanzadas de una guerrilla federal, pero a la siguiente fueron descubiertos por tres aviones que a corta altura hacían exploraciones.

Los aviadores, al descubrir a los villistas, se elevaron a gran altura para escapar de los tiros de los revolucionarios, al mismo tiempo que arrojaban un gran número de bombas. Durante todo el día, los aviones estuvieron hostilizando a los revolucionarios y en la noche, el general ordenó que se continuara la marcha hasta llegar en la madrugada a una pequeña alameda.

—Ora verán los carrancistas cómo sus “voladores” no sirven pa’ la guerra en las montañas —dijo el general, y ordenó que la gente echara pie a tierra y todos los caballos fueran amarrados a los álamos mientras que los soldados podían dormir, o bien a un poblado cercano, siempre que no lo hicieran en grupo.

El convencionismo

Conforme lo había dicho el general, los aviones carrancistas pasaron a corta altura sobre la alameda y se perdieron poco después hacia el norte, sin haber descubierto a los villistas.

A marchas forzadas el grupo revolucionario continuó hasta cerca de la frontera de los Estados Unidos, donde Villa reunió a todos sus elementos, ordenando un nuevo fraccionamiento y señalando como próximo punto de cita el pueblo llamado Cuchillo Parado.

UNA FRACASADA COMISIÓN A EL PASO

Efectuado el fraccionamiento, el guerrillero, con un reducido número de hombres, siguió a lo largo de los límites con los Estados Unidos, y en algunas ocasiones vio pasar a corta distancia a las guerrillas federales que estaban siendo movilizadas por el general Diéguez en todas direcciones.

Llegó hasta unas cuantas leguas al occidente de Ojinaga, Chihuahua, y entonces ordenó a Gómez Morentín que llevara unas cartas a unos amigos en San Antonio y El Paso, y entregara a otra persona cinco mil dólares.

Llevando las cartas y el dinero, Gómez cruzó el río Bravo un poco al norte de Ojinaga y se dirigía a Marfa, Texas, donde pretendía tomar el tren, cuando fue capturado por un grupo de soldados americanos.

El agente villista fue conducido hasta Marfa, donde le fue recogido el dinero y las cartas que llevaba.

Varios días estuvo detenido, hasta cuando el mayor McKinly, jefe del puesto, lo enteró que había recibido órdenes del Departamento del Estado de Washinton, de ponerlo en libertad y de devolverle las cartas y el dinero.

Eran las siete de la mañana cuando Gómez obtuvo su libertad, siendo advertido de que inmediatamente sería llevado a la frontera.

—Como el dinero está depositado en el Banco y la institución no abre sus puertas hasta las nueve de la mañana, me iré en aeroplano y lo arrojaré en una bolsa de lona en los momentos en que usted llegue a la margen del río —le aseguró el mayor McKinly.

Exactamente en los momentos que Gómez Morentín, acompañado de los soldados americanos llegaba a la ribera del Bravo, un aeroplano apareció en el horizonte y momentos después volaba a corta altura sobre el grupo, arrojando la bolsa de lona en la cual venían cinco mil dólares en moneda de oro.

LA NUEVA CAMPAÑA

Habiendo transcurrido el plazo que le había dado el general Villa, Gómez Morentín resolvió dirigirse a Cuchillo Parado para informar al guerrillero y recibir nuevas instrucciones.

Al llegar a Cuchillo Parado Gómez se encontró con el general Villa, quien ya hacía los preparativos para la nueva campaña.

El general no pudo ocultar su sorpresa cuando Gómez Morentín le informó sobre la aventura que había corrido. Enseguida, el guerrillero dispuso enviar las cartas por otro conducto, indicando a Gómez que deseaba que tomara parte en la nueva campaña que iba a emprender y que causaría sensación en México.

Mientras tanto, el general Manuel M. Diéguez, anunciaba al país haber logrado exterminar completamente al villismo. El día que el general Francisco Villa leyó las declaraciones de Diéguez, publicadas en un periódico americano de El Paso, fue el día que pasó revista a los mil cien hombres, al frente de los cuales había de emprender una de sus más audaces empresas.

Los villistas salieron de Cuchillo Parado, ya entrada la noche, caminando hasta el amanecer y haciendo el primer alto en plena sierra. La segunda jornada fue hecha en la misma forma y a la tercera el general partió al frente de cincuenta hombres apenas empezó a pardear.

Llegó el general Villa a un pueblo –el primero desde que había salido de Cuchillo Parado– en la madrugada del día siguiente, y desde luego hizo que todos los vecinos se reunieran en una pequeña plazoleta.

Ningún vecino sospechaba que quien le mandaba el grupo fuera Villa.

—*Soy Francisco Villa* –dijo el guerrillero a los vecinos– *y quiero saber quiénes son los hombres más viejos de ese pueblo.*

Seis o siete ancianos avanzaron tímidamente hasta el lugar donde se encontraba el general.

—*Estos viejitos* –agregó el guerrillero– *van a montar en buenos caballos y se van conmigo, y hasta que regresen, nadie podrá salir de este pueblo; si alguien falta a esta orden, fusilaré a estos hombres que me llevo; si llegan fuerzas federales y los que se quedan denuncian mi paso, los fusilaré también.*

Villa partió llevándose a los seis ancianos reuniéndose con el grueso de sus fuerzas en las cercanías del pueblo. Durante el día, los villistas descansaron y durmieron, y al llegar la noche la marcha fue reemprendida.

El convencionismo

INESPERADO ASALTO A MÚZQUIZ

El general Villa avanzó de nuevo con un grupo de soldados, llegando en la madrugada a otro pueblo, donde puso en libertad a los ancianos que había detenido en el pueblo anterior, citando también ahí a los vecinos, haciéndoles ahí a los vecinos la misma explicación y llevándose a otros tantos viejitos.

Fue así de pueblo en pueblo, marchando a lo largo de la sierra con todo género de precauciones. Nadie conocía las intenciones del guerrillero. Era la primera vez que los villistas recorrían esas montañas. Villa, en cambio, no llevaba guías y parecía orientarse con el sol.

Sus lugartenientes trataban de descubrir sus planes, pero el general, que desde la salida de Cuchillo Parado había echado pie a tierra para cambiar de caballo, era una esfinge. En el secreto radicaba seguramente el éxito de su aventura.

A poco más de una semana de marchas terribles, el general llamó una noche a sus lugartenientes y después de señalarles una porción de luces que centelleaban a una distancia no mayor de una legua, les dijo:

—Que la gente tenga ora el mayor descanso, porque pa' las siete de la mañana vamos a caerles a los changuitos de Múzquiz.

Frente al campamento villista se encontraba Múzquiz, la llave de una de las regiones mineras más ricas del país.

A las siete de la mañana, los revolucionarios al grito de “¡Viva Villa!”, cayeron sobre la guarnición federal de Múzquiz.

El inesperado asalto causó enorme pánico entre los federales; el general Villa se aprovechó de la sorpresa y en menos de media hora era el dueño de la plaza.

Al ocupar Múzquiz, el guerrillero tuvo conocimiento de que el general Felipe Ángeles acababa de ser fusilado. Cuando supo la ejecución del ex director del Colegio Militar, el general bajó tristemente la cabeza y comentó con amargura:

—Hemos perdido a un buen amigo... Ya le había dicho que esta guerra no hay que andarse con confiancitas...

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

Tres días permaneció Villa en Múzquiz, habilitándose de los elementos que necesitaban y saliendo tranquilamente por el mismo rumbo por donde había llegado. El regreso al estado de Chihuahua fue hecho con las mismas precauciones, enviando siempre avanzadas sobre los pueblos en los que se detenía en calidad de rehenes a los ancianos.

Las fuerzas villistas llegaron hasta Tosesihua, donde el general dispuso el fraccionamiento.

La toma de Múzquiz sirvió al general Villa para obtener valiosos informes sobre la situación política en la República. La campaña presidencial en la que tomaban parte los generales Álvaro Obregón, Pablo González y el señor Ignacio Bonilla, había sido iniciada con gran vigor. Los informes obtenidos sobre esta lucha hicieron exclamar al guerrillero:

—*¡Para antes del verano tendremos otra bola!*

Al llegar a Tosesihua, ordenó el fraccionamiento de la gente, disponiendo que la próxima reunión se llevara a cabo en la región de Pilar de Conchos, al mismo tiempo que envió varios agentes a la Ciudad de México y El Paso, para que le estuvieran informando sobre el desarrollo de la lucha presidencial.

Mientras que los agentes iban a desempeñar sus comisiones, el general, acompañado de un reducido grupo de hombres, cruzó nuevamente el estado de Chihuahua hasta la región de Pilar de Conchos.

Los espías repartidos en el estado le habían informado sobre los movimientos de fuerzas federales con rumbo a Sonora, lo que no dejó de interesarle vivamente. Sabiendo que las tropas federales tenían puesta toda su atención en las actividades que se desarrollaban en territorio sonorense, Villa excursionó por varios pueblos.

PADRINO DE 150 MUCHACHOS

Encontrándose descansando un día en Conchos, se le arrimaron cinco mujeres, cada una de las cuales llevaba en el brazo a un muchacho.

—*Mi general* —dijeron casi al mismo tiempo las mujeres—, *venimos a pedirle un favor; mi general...*

El convencionismo

—*A ver, a ver, muchachas, ¿de qué se trata?... preguntó afable el guerrillero.*

—*Mi general* –contestó una de las mujeres–, *pos queremos que nos bautice a nuestros hijos...*

—*¿A los cinco?* –preguntó Villa.

—*A todos, mi general* –respondieron las cinco.

—*Anden, anden, pos voy a tener muchas comadritas... Bueno, comadritas, nomás no me pierdan de vista y ya les diré cuándo llamamos al curita de Camargo.*

Las mujeres se retiraron dando muestras de satisfacción. Pero apenas se habían marchado, llegaron otras tantas haciéndole la misma petición.

El general, sorprendido, se dirigió a una de ellas y le preguntó:

—*Bueno, comadrita, haremos compadrazgos, pero ¿por qué se te ocurrió venirme a ver pa' esto?*

—*Ay, mi general* –respondió la mujer, toda cortada– *pos qué quiere usted. Cuando mi marido se jué con usted pa' la campaña de Durango me dijo: Si me matan, que mi general te bautice al muchacho pa' que éste también siga siendo villista; y aquí me tiene, mi general, pa' que usted le eche el agua bendita...*

—*¡Pos si yo no soy el que le echa agua bendita, mujer!...* –contestó el general, riendo.

La noticia de que general Villa iba a bautizar a varios muchachos se esparció por todos los pueblos de la región, y a la vuelta de una semana, eran más de ciento cincuenta los bautizos que el guerrillero tenía que apadrinar.

Villa parecía un hombre feliz, viendo como todos los días llegaban más y más mujeres cargando a sus hijos y pidiéndole que se los apadrinara, y resolvió mandar llamar al cura párroco de Camargo. El cura acudió inmediatamente al llamado del general y al llegar al campamento de Villa, éste le dijo:

—*Curita, alístese porque a la tarde vamos a estar de fiesta. Me va a bautizar a ciento cincuenta muchachos; yo voy a ser el padrino.*

En efecto, en la tarde ordenó que todas las mujeres se pusieran en fila, cargando a sus hijos, en el atrio de la pequeña iglesia del lugar.

El guerrillero se situó a la cabeza de la fila y frente al sacerdote, quien rápidamente cumplía con la sencilla ceremonia.

Cada vez que un muchacho recibía las aguas del bautismo, el guerrillero daba unas palmaditas a la mujer y le decía:

—*Bueno, comadrita, ya sabe que somos compadritos...*

Cuando el bautizo de los ciento y tantos chiquillos terminó, Villa ordenó a un ayudante que repartiera el bolo.

Luego, tomó del brazo al sacerdote; lo llevó a un extremo del atrio y le entregó un morralito con trescientas relucientes monedas de plata de a peso

LA REBELIÓN DE 1920

Días antes de que se iniciara la concentración de las **fuerzas** revolucionarias de Pilar de Conchos, el general Villa recibió informes sobre la tirantez de relaciones entre el estado de Sonora y el gobierno del centro.

El guerrillero resolvió enviar inmediatamente un propio al gobernador del estado de Sonora, don Adolfo de la Huerta, indicándole que estaba a sus órdenes, incondicionalmente, en caso de que estallara un conflicto.

Villa, seguido de un grupo armado, llevó al propio hasta un punto cercano al Cañón del Pulpito, donde esperaba el resultado de la comisión.

Acababa de partir el propio, cuando el general recibió nuevas noticias: el gobierno del estado de Sonora había suspendido sus relaciones con el gobierno federal.

Un pariente cercano del general fue enviado en sustitución del primer propio, con instrucciones más amplias: el general Villa, en nombre de sus fuerzas, se unía al movimiento armado en contra del gobierno del presidente Carranza.

Tranquilamente esperó el guerrillero el resultado de la comisión enviada a Hermosillo. El comisionado volvió como a los diez días, informando al general sobre la forma entusiasta como había sido recibido por el gobernador De la Huerta, quien aceptó satisfecho la adhesión de los villistas ordenando al comisionado que pasara a Agua Prieta a recibir órdenes del general Plutarco Elías Calles, quien había sido nombrado comandante militar del estado de Sonora.

Calles, por su parte, envió instrucciones al general Villa para que se pusiera en contacto inmediatamente con las fuerzas del general Eugenio Martínez, quien se había sublevado en el estado de Chihuahua.

Cumpliendo estas órdenes del general Calles, el guerrillero trató inmediatamente de ponerse en comunicación con Martínez.

El convencionismo

UNA CONFERENCIA CON EL GENERAL CALLES

Triunfante la revolución en unas cuantas semanas, Villa continuó en contacto con el general Martínez, a quien hizo saber que, restablecida la paz en el país y derrocado el régimen de don Venustiano Carranza, había resuelto, salvo que ordenara lo contrario el nuevo presidente don Adolfo de la Huerta, retirarse a la vida privada.

Mientras que entre Villa y Martínez se efectuaban las primeras pláticas sobre este punto, el general Calles llegó a Ciudad Juárez, Chihuahua, de paso para la Ciudad de México.

De Ciudad Juárez, el general Calles envió un mensaje al general Villa, indicándole la conveniencia de que inmediatamente, y acompañado de diez hombres, se dirigiera a la ciudad de Chihuahua con el objeto de tener una conferencia con él o que, en su defecto, enviara un comisionado.

Villa optó por enviar un comisionado: Alfonso Gómez Morentín.

Gómez Morentín hizo saber al general Calles –que había sido nombrado secretario de la Guerra en el gabinete del presidente De la Huerta– que el general Villa no tenía más deseos que retirarse a la vida privada; que se le permitiera residir en Chihuahua o en Parral; que se le reconocieran sus grados a la oficialidad villista que quisiera continuar presentando sus servicios en el ejército, y que fueran licenciados los hombres que desearan retirarse de las actividades militares.

El general Calles escuchó atentamente las proposiciones de Villa, indicando que el gobierno estaba dispuesto a acceder, en principio, a los deseos del guerrillero, sugiriendo solamente la conveniencia de que Villa, en lugar de quedarse en Chihuahua, se trasladara, acompañado de diez hombres, al estado de Sonora, donde podía vivir tranquilamente, ya que en ese estado, según la expresión del secretario de Guerra, “no tenía ni amigos ni enemigos” y que en esas condiciones el gobierno federal estaría en la posibilidad de darle todo género de garantías.

La proposición del secretario de Guerra causó tristeza al general Villa, quien exclamó:

—*¡Todavía me tienen desconfianza!*

UN ATAQUE A PARRAL Y UNA PENOSA MARCHA

Trató de ponerse en comunicación directa con el señor De la Huerta; pero todos los esfuerzos en este sentido resultaron inútiles. Los dos conductos que había usado para dar a conocer al nuevo presidente de la República sus propósitos –el general Eugenio Martínez y el ingeniero Elías Torres– después de varias semanas de espera, no le daban respuesta alguna.

En estas condiciones y mientras la gente estaba reunida esperando órdenes, reunió a sus lugartenientes y les dio cuenta de la situación.

Después, les dijo:

—*Conozco bien a don Adolfo de la Huerta; tengo plena confianza en él; sé que es hombre amante de la paz y he resuelto ponerme en comunicación directa con él, así que luego luego vamos a marchar.*

Nadie preguntó hacia dónde era la marcha; la orden fue cumplida en pocas horas. Los villistas, llevando a la cabeza a su jefe, emprendieron marchas forzadas, cayendo inesperadamente sobre Parral.

Antes de empezar el ataque a la plaza, el general advirtió que solamente necesitaba que fuera ocupado cierto sector, instruyendo a sus lugartenientes para que se ahorrara toda la sangre posible.

Ocupado el sector indicado por el general Villa, éste se dirigió a algunas compañías mineras que no habían cumplido con su compromiso con él.

Las compañías afectadas entregaron al general las cantidades que le debían por concepto de contribución de guerra, e inmediatamente el guerrillero dio órdenes para abandonar la plaza, iniciando luego una de las marchas –y la última también– que los significaron como notable guerrillero.

Sin rumbo fijo, la marcha fue iniciada a través del Bolsón de Mapimí. Era pleno verano; bajo los ardientes rayos del sol y caminando sobre la arenilla brillante y caldeada del desierto inmenso, las fuerzas villistas avanzaron.

Nadie desfallecía.

El general Villa, sonriente, marchando siempre a la vanguardia y muchas veces deteniéndose para animar a la retaguardia, era el primero en dar el ejemplo.

Al quinto día, la situación parecía insostenible; el agua que los soldados llevaban en sus cantimploras se había agotado hacía ya muchas horas. Algunos habían caído del caballo; el general o sus lugartenientes acudían a su lado; los levantaban y los echaban a lomo de mula.

El convencionismo

Cuarenta y ocho horas hacía que nadie había bebido ni una gota de agua; el desierto parecía interminable: ni un oasis, ni una esperanza.

—*¡Aquí se acabó Sansón con todos sus filisteos!* —exclamó el general Villa.

(Concluirá el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 22 de marzo de 1931, año v, núm. 188, pp. 2-3, 15.